





ESBOZO DE UNA TEORÍA NATURALIZADA DE LOS VALORES

REMIS RAMOS CARREÑO *

Resumen

Históricamente ha sido la filosofía, y específicamente la axiología y la ética, la principal disciplina en la cual se ha llevado a cabo la reflexión en torno a los conceptos de virtud y valor. Sin embargo, en las últimas décadas, los avances en disciplinas afines a la filosofía, como la psicología, la antropología y la sociología parece indicar que, para lograr una comprensión cabal de los valores y de la virtud como fenómenos naturales, es necesario complementar los métodos característicos de la reflexión filosófica con métodos empíricos de investigación, para así iluminar la reflexión normativa sobre el “deber ser” con los hallazgos sobre la naturaleza humana, sobre el “es”.

Palabras clave

Filosofía – Diversidad – Razonamiento Moral – Valores – Virtudes.

INTRODUCCIÓN

La aceleración progresiva de los cambios económicos, políticos y sociales que nuestra sociedad ha experimentado en las últimas décadas, hace imperioso el análisis de los fundamentos morales de la profesión militar y su adecuación a los tiempos actuales. Como bien lo señala la Ordenanza General del Ejército de Chile (2006) en su presentación:

“La necesidad de precisar nuevamente los principios esenciales en los que se funda el Ejército y las distintas dimensiones que adquiere su quehacer -materias que resultan fundamentales para orientar el comportamiento personal de sus integrantes en tanto militares y ciudadanos se explica también

en el hecho que si bien es cierto que la función defensa tiene un carácter permanente para el Estado, no lo es menos que la manera de cumplir los propósitos de esa función deben adecuarse al dinamismo de la sociedad a partir del conocimiento y comprensión de las variables de un entorno complejo (internacional, económico, de seguridad, sociológico, etc.), en que está inserta la organización y donde se ejerce la función militar como enlace fundamental para una relación armónica entre esta y la comunidad a la cual sirven. Ha sido justamente la intensidad de la evolución social durante las últimas décadas lo que ha hecho necesario volver a explicitar las definiciones y principios morales

* Licenciado en Filosofía, Magister © en Desarrollo Cognitivo en la Universidad Diego Portales. Profesor de Filosofía y Ética y de Pensamiento Crítico de la Escuela Militar del Libertador Bernardo O'Higgins.



que distinguen el quehacer colectivo e individual del Ejército ya que en ellos se sustenta su actuar y el de cada uno de sus integrantes.” (p. 16-17)

Son precisamente estos principios morales los que orientan e impulsan la enseñanza en valores con el objeto de formar oficiales idóneos para enfrentar los desafíos presentes y futuros que el Ejército de Chile. En consecuencia, es indispensable contar con fundamentos filosóficos adecuados y actualizados que permitan reafirmar y, de ser necesario, reconceptualizar los valores y virtudes que nuestra escuela busca entregar a nuestros alumnos. Ortega Prado (2008) en este respecto plantea:

“Todas las personas poseen valores morales. Éstos valores cuando identifican el comportamiento de una persona pasan a ser una cualidad positiva, por lo tanto una virtud. Reflexionando positivamente sobre los hombres se podría aseverar que toda la especie humana posee valores y que la mayoría es reconocible por algunos de ellos. No todos los valores son interpretados de igual forma o tienen el mismo significado para todas las personas, dependerá de las sociedades, de la religión y de la cultura en general. Las definiciones sobre las virtudes propias del ser humano han sido un tema preferente de filósofos y teólogos. Algunos señalan que las santas escrituras cristianas identifican como tales al amor, humildad, caridad, paciencia, perseverancia, orden y serenidad.” (p. 42)

La Filosofía, a lo largo de la historia, ha sido el seno en el que se han formado y desarrollado diversas teorías éticas las que han sido influidas y a la vez han influido sobre dominios fundamentales del quehacer humano: la Política y la Religión. Es en la Filosofía en donde se ha intentado establecer los fundamentos de una teoría ética desde bases Antropológicas y/o Sociológicas. Sin embargo, la existencia de diversos planteamientos en torno a las virtudes y valores es señal evidente de la ausencia de consenso generalizado respecto a su naturaleza. El trabajo aquí propuesto pretende realizar una breve revisión histórica de la discusión filosófica en torno a estos conceptos, analizar el aporte que las ciencias han realizado en las últimas décadas en esta discusión e intentar identificar y categorizar los valores y virtudes, para así servir como marco teórico-conceptual en futuras discusiones sobre la enseñanza y formación valórica en nuestra Escuela.

El consenso actual en la investigación pedagógica apunta hacia la necesidad de un cambio de enfoque en la práctica docente, en línea con los postulados del constructivismo e informado por las investigaciones recientes en la neurociencia en la psicología cognitiva, con el desarrollo integral de los estudiantes como objetivo central. La Escuela Militar se encuentra actualmente en un proceso de reestructuración curricular con miras a implementar un sistema de formación por competencias, y la formación valórica es indispensable como complemento y sustento de la instalación de habilidades: en síntesis, busca integrar armoniosamente las dimensiones del conocer, el hacer y el ser. Este trabajo busca ser un aporte en este proceso de renovación.



EL CONCEPTO DE VIRTUD EN LA FILOSOFÍA CLÁSICA

Un buen punto de partida para problematizar la noción de virtud es la definición de diccionario. Típicamente estas definiciones tienden a ser vagas y generales, impiden una correcta comprensión del concepto si está ausente una reflexión profunda respecto al significado del mismo. Respecto al concepto de virtud, el diccionario de la RAE en su 22ª edición plantea:

virtud.

(Del lat. *virtus*, -ūtis).

1. f. Actividad o fuerza de las cosas para producir o causar sus efectos.
2. f. Eficacia de una cosa para conservar o restablecer la salud corporal.
3. f. Fuerza, vigor o valor.
4. f. Poder o potestad de obrar.
5. f. Integridad de ánimo y bondad de vida.
6. f. Disposición constante del alma para las acciones conformes a la ley moral.

De esta definición sólo puede desprenderse que la virtud es una cualidad o propiedad, asociada a conceptos igual de problemáticos en su definición tales como el bien, la eficacia, etc. El mismo problema puede observarse en el concepto griego de virtud, la *αρετή* (*areté*), palabra que etimológicamente se deriva de la palabra *αριστος* (*aristós*, “el mejor”) y que designa la excelencia de una persona en la realización de una tarea. En un sentido originario, la palabra virtud alude a una cualidad relacional: la cualidad de

ser el mejor, o de ser bueno. Si definimos virtud en relación al bien, nos encontraremos con el problema que, por tratarse de uno de los conceptos más abstractos e inasibles, la definición de virtud puede escaparse de nuestras manos, y dejarnos a merced de definiciones consensuadas de carácter relativo y puramente pragmático.

Esta dificultad conceptual es insalvable: es una característica común de los conceptos filosóficos abstractos el ser particularmente difíciles de capturar nominalmente. Las teorías contemporáneas en psicología cognitiva y la filosofía plantean que la comprensión de los conceptos abstractos no está mediada por la internalización de una definición expresada lingüísticamente, sino que más bien la comprensión de un concepto consiste en la capacidad de reconocer en la práctica y simular mentalmente de manera esquemática entidades, propiedades o situaciones que puedan ser adecuadamente categorizadas bajo el concepto en cuestión: en términos simples, poseer el concepto de virtud implica ser capaz de representarse mentalmente y categorizar adecuadamente tanto actos como personas virtuosas. Los conceptos abstractos, por aplicarse a una variedad infinita de situaciones posibles, sacrifican la precisión y la exactitud en pro de la universalidad: los conceptos, más que imágenes de la realidad, son metáforas (Lakoff & Johnson 1999, Kovecses 2002). Este es uno de los argumentos más recurrentes respecto a la imposibilidad de transformar la ética en una disciplina rigurosa y objetiva a la usanza de las disciplinas científicas: a diferencia de las ciencias naturales -y en cierta medida, las ciencias sociales-, en la ética los conceptos fundamentales implicados en la reflexión moral son imposibles de individuar y cuantificar objetivamente.



En este sentido, quizás la definición más breve y sensata de virtud es entenderla como una *disposición positiva de carácter reflejada en la acción*. Es necesario poner énfasis en la dimensión esencialmente práctica de las virtudes y valores: estas cualidades de carácter sólo se manifiestan en su práctica. Conocer la virtud no basta para ser virtuoso. Es sólo en la dimensión del hacer que se fundamenta y se constituye la dimensión del ser. Por consiguiente, quizás la forma más adecuada de aproximarse a las virtudes y valores fuera de la reflexión filosófica misma, es a través del estudio de los mecanismos cognitivos que operan en la reflexión moral, y de la comparación entre los distintos sistemas éticos y normativos a lo largo de la historia en las distintas culturas, en búsqueda de criterios universales en la práctica. Es por esto que, si nuestro objetivo es entender el fenómeno de manera integral, el estudio de los valores y virtudes debe valerse de las herramientas teóricas y conceptuales de otras disciplinas teórico-prácticas, tales como la psicología y la antropología.

En la Grecia clásica, antes de la institución de la filosofía como una actividad intelectual bien definida en su método y su alcance, la tradición y la enseñanza se centraban principalmente alrededor de los relatos míticos. Durante el periodo pre filosófico, es en la mitología griega donde se condensan las primeras reflexiones sobre la naturaleza humana y del mundo. Esto relatos mitológicos no sólo comprende una cosmogonía -una teoría sobre la creación del mundo en la cual éste es explicado a partir de los conflictos entre los dioses- sino que además se explica el origen del hombre y su relación con el resto de la naturaleza. (Vernant 1993). Es en estos relatos que aparecen los primeros modelos de virtud,

encarnados en la figura de los héroes míticos. De acuerdo con esto, la definición clásica de virtud, la llamada "*areté*" consiste en la excelencia exhibida tanto por una persona como por un ser mitológico o incluso un objeto: así como la *areté* del guerrero consiste en su fuerza, su valentía, en su hombría (*andreia*), la virtud del político va a consistir en su habilidad, su sabiduría y su prudencia. Del mismo modo que un árbol se juzga por sus frutos, los hombres son juzgados por sus acciones y las cualidades exhibidas en ellas.

Si bien los llamados filósofos presocráticos concentraron su interés en investigar la naturaleza del mundo, ya no desde la óptica del relato mitológico sino que tratando de construir explicaciones naturalizadas -es decir, entendiendo la naturaleza no como el producto de fuerzas antropomórficas, de "espíritus de la naturaleza" con deseos e intenciones, sino que entendiéndola en sus propios términos-, es en Sócrates que la filosofía adquiere el carácter que la define hasta el día de hoy: para Sócrates, la filosofía consiste en el análisis de los conceptos, en tratar de descubrir o formular definiciones para aquellos conceptos abstractos que utilizamos para describir la realidad y para describirnos a nosotros mismos. El gran escollo que Sócrates encuentra reiteradamente en sus diálogos es que, si bien las personas son capaces de identificar instancias de un concepto -es decir, son capaces de dar ejemplos- son incapaces de producir una definición coherente que pueda describir adecuadamente el fenómeno en discusión, anticipando así la idea que un concepto no es equivalente a su definición expresada en palabras.

Otra característica que hace destacar a Sócrates sobre los filósofos que le antecieron, es su especial preocupación por la ética: en los



diálogos socráticos encontramos profundas reflexiones sobre el concepto de justicia, virtud, el bien, etcétera. Sócrates, desde su profunda humildad intelectual, rara vez conseguía llegar a definiciones que satisficieran sus estándares de claridad y precisión. En el *Menón*, Sócrates concluye este diálogo con un problema: parece ser imposible de definir la virtud en general, y a su vez pone en duda la posibilidad de que ésta pueda ser enseñada o aprendida: para Sócrates, la virtud es una cualidad innata del alma que *simplemente se posee*. Para Sócrates, el hombre virtuoso hará siempre el bien, independientemente de las consecuencias negativas que esto pueda traerle: el heroísmo consiste precisamente no sólo en realizar acciones admirables como los héroes de la poesía épica de Homero, sino que consiste en el cumplimiento del deber, sin importar el costo o los sacrificios que esto demande (Platón, 1990).

Sin embargo será su discípulo más destacado quien en “La República” esbozará una teoría acabada sobre la virtud. A diferencia de su maestro, a quien le interesaba más que nada el problematizar los conceptos más que proponer sistemas, Platón se propone sistematizar las enseñanzas de Sócrates y presentar una teoría unificada, integrando en su teoría política tanto una psicología como una ética. Platón, en la República, fue uno de los primeros intentar sistematizar una teoría ética fundamentada en el concepto de naturaleza humana: intentó justificar su ética y su política a partir de el estudio de la psicología, específicamente a partir de la reflexión respecto a lo que llamó las tres partes del alma humana: el alma vegetativa (emoción), el alma animal (voluntad) y el alma racional (intelecto). A cada una de las partes asignó una virtud correspondiente,

la templanza (autocontrol), el valor (fortaleza) y la sabiduría. A su vez, planteó que la justicia es la virtud que permite decidir con acierto y moderación y que es transversal a estas tres partes del alma, y en un salto interpretativo, planteó que el estado ideal debe constituirse en clases sociales isomórficas con las tres partes del alma: la clase de los trabajadores, de los guerreros y de los reyes filósofos, clases que deben orientar su conducta progresivamente en el orden jerárquico, siendo la templanza la más básica, para agregar la fortaleza a los guerreros y la sabiduría a los gobernantes, siendo la justicia la que permite determinar que rol corresponde a cada uno, en un sistema político basado en la división del trabajo y en la meritocracia. (Méndez 2006)

Así, el sistema ético platónico sistematiza las virtudes parte de la existencia de cuatro virtudes cardinales, las cuales son utilizadas hasta el día de hoy como principio orientadores de la conducta y figuran explícitamente en la doctrina que nuestros cadetes hacen suya durante su proceso de formación como oficiales: Sabiduría, Templanza, Fortaleza y Justicia (Ejército de Chile, 2006). En este sentido, se entiende que el bien o la excelencia de carácter, la virtud, según Platón son las propiedades naturales del alma humana, y que no practicarlas no es producto de la maldad, sino que de la ignorancia. Esta doctrina, conocida como “intelectualismo ético” plantea la equivalencia entre el *conocer* y el *ser*. Según Platón, conocer la virtud y poseerla son una misma cosa.

Esta identidad termina siendo problemática a la hora de determinar claramente el que es entender o conocer la virtud: el salto entre el saber y el hacer en Platón termina invirtiéndose, y la única explicación sensata al fenómeno de el mal



y el vicio es atribuyéndolo a la ignorancia, esquema prácticamente inaplicable en un sentido práctico hoy en día. Quizás puede afirmarse que el de la ética platónica es uno de los primeros grandes fracasos en el intento de naturalizar la ética. Gran parte de la discusión filosófica en torno a los conceptos de bien, valor y virtud a lo largo de la historia estarán centrados en la relación de estos conceptos con la idea de la naturaleza humana. Idea que siempre ha sido, por decirlo de alguna forma, elusiva.

ÉTICA DESCRIPTIVA Y ÉTICA NOR- MATIVA: LA BRECHA ENTRE CIENCIA Y FILOSOFÍA

En su "Tratado de la Naturaleza Humana", David Hume (1988) instaló una dicotomía que hasta el día de hoy persiste dentro de la filosofía: la distinción entre ser y deber. Este filósofo argumentó que no existe justificación para el tránsito desde la discusión de lo que es (hechos) a la discusión sobre lo que debe ser (juicios morales normativos), argumentando que el juicio moral no tiene su origen en la percepción, sino que en la emoción: lo bueno es lo que "se siente bien", es lo que provoca la sensación subjetiva de bienestar.

Immanuel Kant, influido por el pensamiento de Hume, en su "Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres" (2007) mantuvo la distinción entre el conocimiento empírico y los juicios morales señalando que la universalidad y la necesidad de las leyes morales (del "imperativo categórico") no puede desprenderse de generalizaciones empíricas o de teorías científicas, sino que debe venir de la capacidad de la razón pura para descubrir estos principios morales absolutos: la deontología como disciplina se articula

alrededor del concepto kantiano del deber. En este sentido, para Kant una acción va a ser buena no por la consideración de sus consecuencias, sino que por la consideración del sentimiento del deber que impulsa la acción. Tanto Kant como Hume llegaron a la misma conclusión, pero por motivos diferentes: para ambos, existe una brecha insalvable entre el conocer y el deber, entre lo que podemos describir utilizando el método científico, y lo que debemos decidir utilizando el razonamiento moral.

Este divorcio entre la ciencia y la filosofía, entre la descripción de la psicología humana y los principios morales que deben guiar la conducta, alcanza su máxima expresión a principios del siglo XX en el pensamiento de G. E. Moore. En su obra titulada "Principia Ethica" (1903), Moore construye una teoría ética a partir de los postulados de la filosofía analítica inspirados en el emotivismo moral de Hume, y en contra del utilitarismo que caracterizó el pensamiento de autores como Herbert Spencer y J. S. Mill. De acuerdo con Moore, el concepto de "bien" es imposible de definir en términos de otra propiedad natural, tales como el placer, la utilidad o el éxito evolutivo. El concepto de bien denota una propiedad no natural, simple e inanalizable, de ciertas experiencias o estados de cosas, la cual es imposible de medir o percibir objetivamente, a diferencia de las propiedades naturales que son el objeto del estudio empírico por parte de la ciencia. Moore acuñó el concepto de la "Falacia naturalista" para designar los intentos de desprender una ética o filosofía moral a partir de la descripción de la naturaleza: en este sentido, para Moore la ética filosófica es completa y absolutamente independiente de la ciencia y del conocimiento empírico.



La influencia del pensamiento de Moore es incalculable en las siguientes generaciones de filósofos dedicados a la ética, los que simplemente han asumido que existe una división radical e insalvable entre la psicología moral (una disciplina empírica, descriptiva) y la filosofía moral (el análisis racional de los principios normativos que deben guiar la conducta humana), y que han asumido que los únicos tipos de argumentos válidos en la ética son los argumentos trascendentales, en oposición a los argumentos basados en hechos empíricos.

Sin embargo, existen buenos argumentos para suponer que esta distinción es equivocada. Uno de los pensadores más importantes de la filosofía de la educación, John Dewey, en su libro "Naturaleza Humana y Conducta" (1922) afirmó que

“...la ética es inevitablemente empírica, no es ni teológica, ni metafísica ni matemática. Ya que su objeto de estudio es la naturaleza humana misma, todo lo que podemos saber sobre la mente humana y el cuerpo humano desde la fisiología, la medicina, la antropología y la psicología es pertinente en la investigación sobre la moral” (p. 204).

Sólo recientemente algunos filósofos han considerado que la división entre psicología y ética es artificial, especialmente Owen Flanagan, que en su "Varieties of Moral Personality: Ethics and Psychological Realism" (1991) ha defendido la tesis de que un criterio psicológico mínimo para cualquier teoría moral adecuada es el que sea compatible con nuestro conocimiento actualizado sobre la psicología humana.

La aceptación del aporte de la psicología moral en la ética empieza a hacerse evidente en la actualidad. Autores como Jonathan Haidt y Joshua Knobe forman parte de lo que actualmente se denomina la "Nueva Ciencia de la Moralidad"¹, un intento interdisciplinario por comprender el razonamiento moral ya no de forma descontextualizada, sino que a partir del nuevo concepto de naturaleza humana que emerge desde la ciencia cognitiva, aceptando la diversidad moral inherente en nuestras culturas, pero evitando el relativismo. Uno de los elementos centrales en esta línea de investigación consiste en explorar los elementos innatos que configuran el razonamiento moral humano

La palabra innato, tal como la usamos en el contexto de la cognición moral, no significa inmutable, operacional al momento de nacer, o visible en cada cultura conocida. Significa organizado antes de la experiencia, aunque la experiencia puede revisar esa organización para producir variaciones dentro y entre culturas. Muchos de los ladrillos de la moralidad pueden encontrarse, de alguna forma, en otros primates, incluyendo la simpatía, la amistad, las relaciones jerárquicas, y la construcción de alianzas. Muchos de los ladrillos de la moralidad son visibles en todas las culturas humanas, incluyendo la simpatía, la amistad, la reciprocidad, y la habilidad de representar las creencias e intenciones de los otros. Algunos de estos ladrillos de la moralidad entran en operación muy temprano durante la niñez, tales como la capacidad de responder

¹ Estos autores, junto con otros psicólogos, filósofos sociólogos y antropólogos, como resultado de una conferencia organizada por la Fundación EDGE publicaron una declaración de consenso, disponible en http://www.edge.org/3rd_culture/morality10/morality_consensus.html la que a su vez traducida por el autor de este artículo, disponible en <http://terceracultura.cl/2010/09/la-nueva-ciencia-de-la-moralidad-una-declaracion/>



con empatía al sufrimiento humano, el actuar de manera altruista, y de castigar a aquellos que hacen daño a los demás. (Haidt et. al., 2010)

Es importante tener en cuenta el hecho que, si bien es una falacia el equiparar lo “natural” con lo “bueno”, es indispensable el considerar los fundamentos naturales de la moralidad humana para entender la condición humana desde una perspectiva más amplia e históricamente realista:

Las personas usualmente aplican principios morales y razonan moralmente. Por ejemplo, la gente utiliza el razonamiento para detectar inconsistencias morales en otros y en sí mismos, o cuando las intuiciones morales entran en conflicto, o están ausentes. El razonamiento moral muchas veces cumple una función argumentativa; es a menudo un preparativo para la interacción social y la persuasión, más que ser una búsqueda desprejuiciada de la verdad. En línea con su función persuasiva, el razonamiento moral puede tener efectos interpersonales causalmente importantes... La gente muchas veces fracasa en el intento de ser fiel a sus valores y principios conscientemente adoptados. Una de las muchas razones de la desconexión es que la acción moral muchas veces depende del autocontrol, el cual es un recurso cognitivo fluctuante y limitado. Hacer lo que es moralmente correcto, especialmente cuando esta acción contradice nuestros deseos egoístas, muchas veces depende de un conflicto interno forzoso. (op. cit.)

VIRTUD Y NATURALEZA HUMANA: EL APOORTE DE LA PSICOLOGÍA COGNITIVA A LA ÉTICA DESCRIPTIVA

Cada teoría y tradición ética presupone un concepto de persona, y una teoría respecto a cómo funciona la mente humana y específicamente, como la persona toma decisiones. Históricamente, el desarrollo teórico tanto en la filosofía como en la psicología ha resultado en teorías cada vez más sofisticadas al respecto, y los avances recientes en la interdisciplina conocida como la Ciencia Cognitiva son absolutamente cruciales para la filosofía moral, por dos razones.

Primero, toda teoría filosófica sobre el razonamiento moral debe basarse en supuestos razonables sobre la naturaleza de los conceptos y los procesos de la cognición humana.

Segundo, el conocimiento sobre el rol que cumple las emociones en el razonamiento moral, sobre el desarrollo de la moralidad en el sujeto desde la infancia a la adultez, y sobre las condiciones necesarias para el bienestar psicológico, son conocimientos que informan nuestras teorías éticas: permiten identificar y delimitar los estados deseables como objetivo del desarrollo y la educación valórica, e influyen sobre los métodos para su enseñanza².

Por lo mismo, resulta alarmante la desconexión existente actualmente entre las teorías sobre el desarrollo y funcionamiento del razonamiento moral al interior de la psicología, y las tradiciones filosóficas que inspiran a las teorías éticas de mayor aceptación y alcance actualmente. De acuerdo con Johnson (1998), tanto las teorías

² Cf. El artículo del psicólogo Manuel Ugalde, “La teoría contemporánea de los valores morales en psicología: Hacia el desarrollo de una moral post-convencional acorde con los valores republicanos y democráticos”, disponible en esta misma publicación.



consecuencialistas como las deontológicas –los dos grandes tipos de teoría ética actualmente vigentes en la Filosofía-, si bien son internamente consistentes, entran en serio conflicto con la evidencia que la psicología ha encontrado en las últimas décadas.

En el caso del consecuencialismo, se considera que el utilitarismo ético es el paradigma, del cual filósofos como John Stuart Mill y Jeremy Bentham son exponentes. El utilitarismo plantea que, para ser moral, una decisión tiene que considerar la maximización del bienestar de la mayor cantidad de personas al menor costo posible: en síntesis, para el utilitarismo lo bueno es lo *útil*. El utilitarismo como teoría necesita que conceptos tales como el bien, el bienestar y la utilidad estén claramente definidos y posean cierta universalidad; además, requiere que los seres humanos tengan la capacidad de calcular racionalmente las probabilidades de una decisión para alcanzar estas metas. Sin embargo, al interior de la psicología y de la economía, la línea de investigación conocida como “economía conductual” (Kahneman 2011) ha acumulado una cantidad importante de evidencia que apunta a una conclusión desesperanzadora: los seres humanos estamos pobremente equipados para tomar decisiones que permitan maximizar la utilidad, ya sea económicamente o en otros ámbitos. Parafraseando a Ariely (2008), es posible afirmar que los seres humanos somos “predeciblemente irracionales”, debido a que típicamente nuestros juicios están influidos por sesgos cognitivos que distorsionan de forma predecible y sistemática el razonamiento y entorpecen la toma de decisiones eficiente. El utilitarismo ético como teoría normativa es más bien un ideal, para el cual nuestra mente estaría naturalmente incapacitada.

Por su parte la ética kantiana considera a la moralidad como un sistema de normas y leyes de carácter universal y absoluto, las cuales son formuladas por una razón universal (la razón pura y práctica) las que pueden ser aplicadas en casos concretos para orientar la conducta. Al igual que en el caso del utilitarismo, la ética kantiana requiere de la existencia de una razón humana universal y de principios morales que contienen conceptos claramente definidos. Sin embargo, existe abundante evidencia empírica (Lakoff & Johnson 1999, Kovecses 2002) que indica que nuestros conceptos morales no son literales, sino que son de naturaleza metafórica –es decir, emergen de la experiencia y no de la razón- y que además la razón humana no es trascendente, sino que está anclada a nuestras emociones y a nuestra corporeidad (Damasio 1994). Nuevamente, el caso es que la ética kantiana se aleja drásticamente del concepto de la naturaleza humana que ha empezado a emerger lentamente en las últimas décadas.

El principal problema para la ética filosófica es que el concepto de “naturaleza humana” es problemático, no sólo por razones históricas sino que por razones prácticas: es el nombre de este concepto que se cometieron algunas de las peores atrocidades del siglo XX. El desarrollo de la eugenesia y de la “higiene social” durante el siglo XIX, inspirados en una interpretación antojadiza de los postulados de la Teoría de la Evolución de Charles Darwin, dio paso a la institución de prácticas tales como la reclusión y esterilización de los enfermos mentales, y la introducción de mecanismos de represión a toda conducta percibida como antisocial. Esta postura, llevada a su extremo, llevó al exterminio sistemático de personas basándose en factores tales como la raza,



etnia, orientación sexual e ideológica por parte del Estado en la Alemania Nazi, bajo el comando de Adolf Hitler. Esta asociación entre una mal entendida ciencia, y la ética y la política, es lo que actualmente se denomina la “mancha moral del darwinismo” (Fischer, 2009). Ha sido necesario un movimiento intelectual amplio para reivindicar el rol que la ciencia puede jugar en el diseño de políticas públicas.

Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XX la investigación interdisciplinaria respecto a la moralidad humana ha cobrado nuevos bríos, gracias al avance de las técnicas experimentales en la psicología y en la neurociencia, las que han permitido investigar empíricamente sobre los procesos de razonamiento y toma de decisiones con un nivel de precisión y detalle impensable tan sólo décadas atrás. A su vez, desde la antropología y la sociología, han surgido intentos de conciliar estos nuevos conocimientos e integrarlos en pos de una comprensión cabal de la naturaleza humana, y como las sociedades y las interacciones entre personas y grupos son posibilitadas por nuestro aparato cognitivo. Es recién ahora, en el siglo XXI, que podemos emprender la tarea de comprender y reflexionar sobre la moral humana a partir de la comprensión actualizada de nuestra naturaleza.

ÉTICA DE LA VIRTUD Y UNIVERSALIDAD: UNA RESPUESTA NATURALIZADA AL RELATIVISMO MORAL

El movimiento llamado “psicología positiva” surge en la segunda mitad del siglo XX como respuesta a una carencia evidente en la psicología como disciplina: a lo largo de su breve historia, la psicología se ha concentrado principalmen-

te en dos grandes tareas, la descripción de los mecanismos, procesos y propiedades que caracterizan a la mente humana, y la identificación, descripción y tratamiento de trastornos psicológicos, relegando a un segundo plano lo que los proponentes de este movimiento consideran una de sus tareas más importantes, el identificar, describir y categorizar aquellos elementos de la vida mental de los individuos que hacen posible llevar una vida sana y feliz. La psicología, en síntesis, debe constituirse como un aporte para la realización y desarrollo de las personas, y no sólo como una disciplina dedicada a corregir o solucionar problemas. (Seligman y Csikszentmihalyi, 2000)

En este marco, la psicología positiva en los últimos años ha emprendido una tarea similar, pero opuesta al que la American Psychiatric Association (APA) ha emprendido en sus ediciones del *Diagnostic and Statistics Manual of Mental Disorders* (DSM, cuya quinta versión fue publicada el 18 de mayo de este año): identificar y categorizar aquellas fortalezas que caracterizan a una persona feliz y sana. Peterson y Seligman en la introducción del estudio titulado “*Character Strengths and Virtues*” (2004) señalan que “*ahora podemos describir y mensurar mucho de lo que está mal con la gente, ¿pero qué pasa con lo que está bien? No existe nada comparable al DSM para la buena vida. Cuando los psiquiatras y los psicólogos hablan sobre salud mental y bienestar, tan sólo se refieren a la ausencia de enfermedades, problemas o desórdenes*” (op cit. p. 4).

Para estos autores, la psicología positiva consiste en tres temas interrelacionados: el estudio de las experiencias subjetivas positivas, el estudio de los rasgos individuales de carácter positivos, y el estudio y diseño de instituciones que



permitan el desarrollo de experiencias y rasgos de carácter positivos. La tesis de Peterson y Seligman es que los rasgos de carácter positivos, es decir, de las virtudes, permite explicar y fundamentar las experiencias personales positivas, y que la comprensión de estos dos temas es indispensable para el diseño de instituciones y prácticas que permitan el desarrollo de estas virtudes y experiencias. En síntesis, el conocimiento y estudio de las virtudes es indispensable en el diseño de prácticas y procedimientos educativos que tenga como objetivo su desarrollo y enculturación.

Peterson y Seligman plantean que las personas están evolutivamente predisuestas a desarrollar estas virtudes, las que tienen una base biológica/innata –es decir, vienen en lo que denominan el “primer borrador de la estructura mental” y que luego es revisado e influido por la cultura en la que la persona se desarrolla- y las definen como “fortalezas de carácter que una persona posee, celebra y ejercita frecuentemente”, proponiendo una serie de criterios para identificarlas:

- provocan un sentido de pertenencia y autenticidad (“este soy yo”)
- producen una gran excitación al ejercitarla, particularmente al inicio

- tienen una curva de aprendizaje rápida en la medida de que se aplican y practican en nuevas situaciones
- existe un aprendizaje continuo de nuevas formas para ejercitar la virtud
- existe un deseo de actuar de acuerdo con la virtud
- existe un sentimiento de inevitabilidad al usarla, como si uno no pudiese actuar de otra manera
- el descubrimiento epifánico de su posesión
- su renovación constante: la virtud no “aburre ni cansa”
- la creación y búsqueda de proyectos de vida que giran entorno a esta virtud
- la motivación intrínseca, autónoma, para ejercerla: es considerada un bien en sí misma

A partir de una serie de estudios interculturales, concluyen que es posible categorizar las virtudes, fortalezas de carácter y hábitos de aceptación universal -aceptadas como tales por las personas de distintas culturas, etnias, edades y clases sociales- clasificándolas en 6 tipos y 24 subtipos:



TABLA 1: Virtudes y Fortalezas de Carácter. Fuente: Peterson y Seligman (2004)

VIRTUDES DE:	FORTALEZAS DE CARÁCTER ESPECÍFICAS	EJEMPLOS
Conocimiento y sabiduría	Creatividad	Ingenio, originalidad, adaptación a nuevas situaciones y problemas
	Curiosidad	Interés, búsqueda de la novedad, apertura a experiencias nuevas
	Apertura Mental	Ejercicio del buen juicio, pensamiento crítico
	Amor a Aprender y Enseñar	Aprendizaje autónomo, motivación, deseo de enseñar a los demás, vocación
Valentía	Pluralismo Intelectual	Ser capaz de ponerse en el lugar del otro y aceptar múltiples puntos de vista
	Valor	Coraje, voluntad de asumir riesgos, ausencia de miedo e indecisión
	Perseverancia	Persistencia ante la adversidad, voluntad para trabajar en pro de una conseguir una meta
	Integridad	Autenticidad, honestidad
Humanidad	Vitalidad	Entusiasmo, vigor, energía
	Amor	Ser cariñoso, vincularse emocionalmente con los demás, solidaridad
	Amabilidad	Generosidad, cuidado por los demás, compasión, altruísmo, ser agradable
Justicia	Inteligencia Social	Inteligencia emocional, ser conciliador, evitar o ser capaz de resolver conflictos, habilidades de negociación
	Ciudadanía	Responsabilidad social, lealtad, espíritu de cuerpo
	Imparcialidad	Capacidad de juzgar los actos propios y de los demás sin sesgos, objetividad, rectitud moral
	Liderazgo	Capacidad de organizar y motivar a otros, don de mando, proactividad



Templanza	Piedad	Ser capaz de perdonar, tolerancia a los errores de los otros, aceptación de la diversidad, compasión
	Humildad	Modestia, ausencia de vanidad,
	Prudencia	Acierto y moderación, “tacto, tino y criterio”
	Autoregulación	Autocontrol,
Trascendencia	Aprecio	Capacidad de asombro, valoración de la belleza y de la excelencia, reconocimiento de las virtudes en los otros y los demás
	Gratitud	Agradecer a los demás, ser “bien educado”
	Esperanza	Optimismo, pensar con visión de futuro, planificación
	Humor	Simpatía, apertura lúdica, buen estado de ánimo,
	Espiritualidad	Religiosidad, Fe, sentido de la existencia, propósito

Lo más llamativo de esta clasificación es el hecho que comprende las cuatro virtudes cardinales de la filosofía platónica (Sabiduría, Fortaleza, Templanza y Justicia) pero además agrega dos dimensiones extraordinariamente importantes en el desarrollo personal pero que rara vez son consideradas como virtudes de carácter: la Trascendencia y la Humanidad. Las virtudes y fortalezas de humanidad están íntimamente vinculadas con el desarrollo emocional del sujeto, mientras que las de trascendencia subyacen y dan sustento al ejercicio de las otras virtudes. En su conjunto, estas seis categorías o tipos de virtudes constituyen un ideal de persona que va más allá de los requisitos interpersonales y cognitivos (del mundo laboral, cívico, político, organizacional, etc.) sino que incluyen factores

intrapersonales, esenciales para el bienestar psicológico del individuo.

Uno de los cambios más importantes de aparición relativamente reciente es el cambio de paradigma desde la enseñanza centrada en contenidos al aprendizaje basado en competencias. Por ejemplo, el Committee on Defining Deeper Learning and 21st Century Skills del National Research Council en Estados Unidos generó recientemente un documento de trabajo titulado “*Education for Life and Work: Developing Transferable Knowledge and Skills in the 21st Century*” (2012) en el cual se identifican y analizan un conjunto de habilidades esenciales para el profesional de cualquier área, que categoriza estos distintos tipos de competencias del siguiente modo:



TABLA 2: Categorización de Competencias.

Fuente: National Research Council (2012)

TIPO	SUB-TIPO	CONCEPTOS ASOCIADOS
Competencias Cognitivas	Estrategias y procesos cognitivos (habilidades sistémicas)	Pensamiento crítico, resolución de problemas, análisis situacional, razonamiento, argumentación, toma de decisiones, aprendizaje adaptativo, funciones ejecutivas
	Conocimiento (habilidades de Contenido)	Alfabetización informacional (capacidad de investigar seleccionando y utilizando evidencia sólida, y reconocer sesgos en la información existente), alfabetización computacional (uso efectivo de las tecnologías de información), comunicación efectiva (oral y escrita)
	Creatividad (habilidades de generación de ideas)	Innovación, imaginación, adaptabilidad
Competencias Intrapersonales	Apertura Intelectual	Flexibilidad, adaptabilidad, apreciación artística y cultural, responsabilidad personal y social, respeto por la diversidad, aprendizaje continuo, curiosidad intelectual
	Ética de Trabajo	Iniciativa, autonomía, responsabilidad, perseverancia, productividad, autoregulación, profesionalismo, integridad, compromiso social/ciudadano, conciencia social/cultural
	Autoevaluación positiva	Automonitoreo, automotivación, autoestima intelectual, refuerzo autónomo de actitudes positivas, salud física y mental adecuada, estabilidad emocional/psicológica
Competencias Interpersonales	Colaboración y trabajo en equipo	Habilidades sociales, comunicación, argumentación, colaboración, espíritu de equipo, coordinación, empatía, capacidad de ponerse en el lugar del otro, evaluación de múltiples perspectivas, confianza, vocación de servicio, resolución de conflictos, negociación, capacidad de generar acuerdos
	Liderazgo	Liderazgo, asertividad, responsabilidad, influencia social, persuasión, comunicación efectiva, argumentación, extraversión



Esta categorización permite sistematizar de manera acertada los objetivos fundamentales que la educación debe perseguir, entendiéndolos como el desarrollo de competencias genéricas indispensables para un buen desempeño en el mundo laboral y, más importante aún, el desarrollo integral del sujeto inserto en una sociedad democrática. Efectivamente, parece ser que el ideal educativo actual consiste en entregarle al estudiante no sólo los conocimientos fundamentales necesarios en su formación, sino que además las herramientas para el desarrollo y el ejercicio del razonamiento y del aprendizaje autónomo, y además una serie de valores y virtudes que permitan el desarrollo de actitudes positivas tanto del estudiante con el objeto de estudio, consigo mismo y con sus pares. El componente intersubjetivo, emocional y actitudinal del aprendizaje es tanto o más importante que la formación de representaciones mentales complejas en la memoria –es decir, en la adquisición de conocimientos–, la que históricamente ha sido el factor de mayor énfasis en las teorías sobre la educación, situación que sólo recientemente –y en gran medida gracias a los aportes de Damasio (1994)– ha empezado a corregirse al integrar en los enfoques pedagógicos el desarrollo de estas competencias interpersonales e intrapersonales.

En esta categorización es evidente la coincidencia entre muchas de las competencias deseables en un profesional, y las virtudes consideradas como universales. Un rediseño de la formación valórica en nuestra institución es perfectamente compatible con el Aprendizaje Basado en Competencias: si definimos competencia como un “saber hacer”, es perfectamente posible concebir la virtud como una “disposición a actuar”, la cual no sólo es complementaria sino

que necesaria para el ejercicio de las competencias. Mi tesis al respecto es la siguiente: si bien el aprendizaje basado en competencias es un salto importante en la dirección correcta (al incorporar la enseñanza y desarrollo de habilidades de pensamiento), este paso es incompleto si es que no implica el desarrollo de valores y virtudes. Mi análisis al respecto tiene una fundamentación más bien filosófica: a mi juicio las tres grandes disciplinas que están en el corazón de la filosofía son tres: la ontología, la epistemología y la ética. La ontología consiste en el estudio de *él ser*, de lo que existe, la epistemología en el estudio de *el como es posible el conocimiento de lo existente*, y la ética en la reflexión sobre *el que debe hacer el ser humano*. Una enseñanza integral, siguiendo este ideal filosófico, debe consistir en la triada constituida por conocimientos o saberes, habilidades o competencias, y el desarrollo de actitudes y valores.

LA DIVERSIDAD MORAL: UN PROBLEMA PENDIENTE

Si bien en la sección anterior se plantea la existencia de valores y virtudes universales y transversales, la existencia de estos valores y virtudes entra en franca contradicción con la percepción generalizada de que, en distintos momentos a lo largo de la historia, y en distintos lugares, los sistemas morales o éticos abrazados por cada cultura pueden ser radicalmente diferentes³. Si todas las culturas compartieran los mismos va-

³ Jonathan Haidt ha explorado sistemáticamente las diferencias culturales que dan origen a las diversas posturas políticas y valores que las personas adoptan. Una excelente síntesis de esta investigación se encuentra disponible en una conferencia titulada “La Raíz Moral de Liberales y Conservadores” dictada en 2008, disponible con subtítulos en castellano en http://www.ted.com/talks/lang/es/jonathan_haidt_on_the_moral_mind.html



lores y principios, sería difícil explicar el fenómeno de la guerra, el cual es una constante en la historia de la humanidad. Al respecto, Haidt et al. (2010) plantean:

Las personas dentro de cada cultura varían en sus conductas y juicios morales. Algunas de estas variaciones se deben a diferencias heredables en el carácter o temperamento (por ejemplo, la amabilidad o la responsabilidad) o en capacidades moralmente relevantes (tales como la habilidad de empatizar, de ponerse en el lugar de otros). Algunas de estas diferencias se deben a variaciones en las experiencias durante la infancia; otras se deben a los roles y contextos que influyen a una persona al momento de evaluar o actuar.

La moralidad varía entre culturas de muchas formas, incluyendo el dominio general de la moralidad (el qué tipo de cosas son reguladas), tanto como las normas morales específicas, prácticas, valores, e instituciones. Las virtudes y valores morales son influidas fuertemente por las circunstancias históricas y locales, tales como la naturaleza de la actividad económica, la forma de gobierno, la frecuencia de los conflictos bélicos, y la fortaleza de las instituciones dedicadas a la resolución de conflictos. El surgimiento de la moralidad permitió a grupos muy grandes de personas el vivir en comunidad y cosechar los beneficios de la confianza, el comercio, la seguridad compartida, la planificación de largo plazo, y una gran variedad de interacciones de suma no nula. Los sistemas morales permiten esto de mejor manera que otros sistemas, y por consiguiente es posible hacer juicios comparativos.

La existencia de la diversidad moral como hecho empírico no presta apoyo a una versión

tipo “todo vale” del relativismo moral en el cual todos los sistemas morales deban juzgarse como siendo igualmente buenos. Sin embargo, señalamos que las evaluaciones morales entre culturas deben realizarse con cautela, ya que existen múltiples versiones justificables del desarrollo y del bienestar, incluso dentro de las sociedades occidentales. Además, debido a la poderosa influencia de las intuiciones morales sobre el razonamiento, los científicos sociales que estudian la moralidad corren el riesgo de estar sesgados por sus propios deseos y valores formados culturalmente.

En un esfuerzo similar al realizado por Peterson y Seligman, la World Values Survey Association⁴ conduce regularmente estudios con el objetivo de identificar los valores que caracterizan a los distintos pueblos y naciones con el objeto de comprender la diversidad natural entre sistemas de creencias, valores y virtudes. En las últimas décadas, la WVSA ha identificado dos ejes que permiten entender y explicar las diferencias valóricas entre pueblos:

Eje Moral: la atención en este eje se produce entre los llamados valores tradicionales versus los valores seculares o racionalistas.

- Los *valores tradicionales* enfatizan la importancia de la familia, la religión, el respeto a la autoridad y la disciplina. Las personas que sostienen valores tradicionales tienden a ser políticamente conservadoras, y rechazan la implementación de políticas públicas tales como legalizar el aborto, la eutanasia,

⁴ La WVSA ha puesto a disposición de la comunidad intelectual los resultados de la encuesta y una serie de artículos exploratorios con el propósito de interpretar sus resultados, disponibles en el sitio web http://www.worldvaluessurvey.org/index_html



el divorcio, el matrimonio homosexual, etc. Este tipo de sociedades típicamente tienen altos niveles de nacionalismo.

- Los *valores seculares o racionalistas* exhiben preferencias opuestas a los valores tradicionales o conservadores. En estas sociedades existe menos énfasis en la autoridad, los valores familiares o la religión, y las políticas públicas controversiales mencionadas en el punto anterior tienden a ser aceptadas en la medida que no vulneren los derechos individuales de otras personas.

- Eje Económico: con el surgimiento de la sociedad de la información y el incremento del desarrollo económico, se produce otro fenómeno interesante, una distinción entre valores colectivistas versus los valores individualistas.

- Los *valores colectivistas o "de sobrevivencia"* ponen especial énfasis en la seguridad física y económica, mostrando bajos niveles de confianza y tolerancia por otras culturas. Políticamente, se trata de culturas o sociedades autoritarias y poco dadas a la cooperación externa.

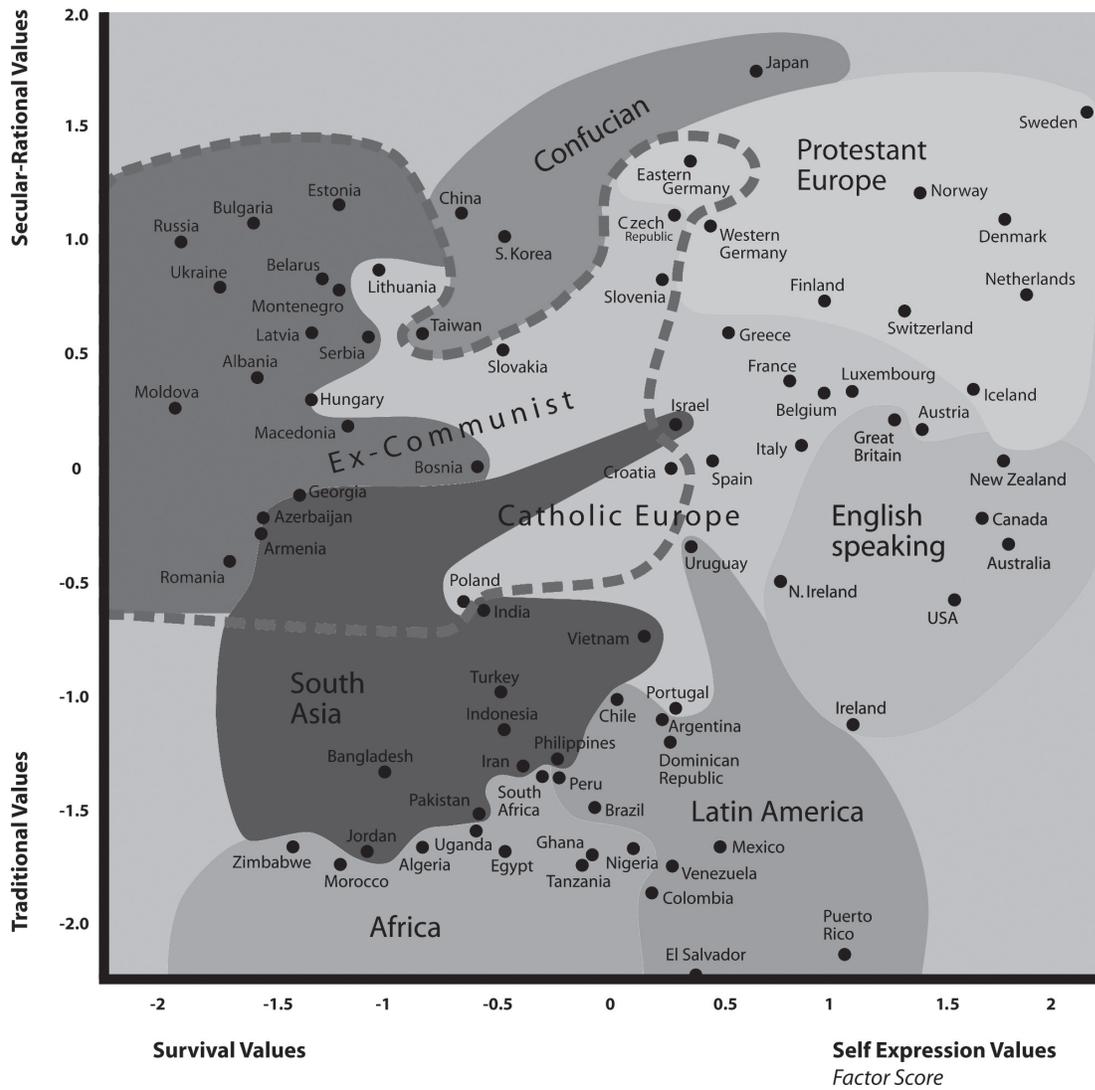
- Contrario a lo que el término puede sugerir, los *valores individualistas o de "auto-expresión"* no implican un egoísmo, sino que más bien apuntan a la protección de los derechos individuales y sociales. En sociedades en este estadio de desarrollo, cobran especial importancia la tolerancia a los inmigrantes, a la diversidad sexual, la igualdad de género y la promoción de valores democráticos.

Uno de los hallazgos más significativos es que la industrialización y la educación son factores clave en el tránsito desde los valores tradicionales a los seculares. A partir de los datos recogidos en las diversas encuestas realizadas en todo el mundo, el cientista político Ronald Inglehart, junto con Christian Welzel elaboraron un gráfico en el cual distintos países son organizados en torno a estos dos ejes, representando de manera gráfica la diversidad cultural en torno a los valores en el mundo, en un plano cartesiano. Efectivamente, parece ser que en este mapa la diversidad moral se correlaciona significativamente con la diversidad en el desarrollo económico y educativo, y es posible agrupar estas naciones no sólo geográficamente, sino que sociopolíticamente.



GRÁFICO 1: Inglehart-Welzel Cultural Map. Fuente: Wikipedia

PROGRAMA ACADÉMICO ESCUELA MILITAR - CUADERNO DE INVESTIGACIÓN N° 3



Una conclusión que a estas alturas debe ser evidente, es que la diversidad moral está relacionada directamente con la diversidad cultural, educativa y religiosa. Visualizar este mapa es además un ejemplo impactante económicamente: en extremos opuestos podemos ver claramente a Suecia y a Zimbabwe, cuyas diferencias culturales y económicas los ponen virtualmente

en mundos opuestos. La diversidad moral es un dato a tener en cuenta a la hora de analizar la situación sociopolítica chilena actual, de creciente polarización política y valórica. Si bien este mapa compara a distintas naciones entre sí, a partir de los datos obtenidos en estas encuestas puede ser posible detectar diferencias importantes entre segmentos etarios, económi-



cos y educacionales dentro de un mismo país, y Chile, con sus altísimos niveles de desigualdad económica y educacional, no es la excepción.

VALORES Y SOCIEDAD: TOLERANCIA, ALTRUÍSMO Y EL BIEN COMÚN EN EL SIGLO XXI

Karl Popper, en una de las reflexiones más lúcidas y penetrantes respecto al fenómeno de la violencia, plantea en su conferencia “Tolerancia y responsabilidad intelectual”, en una profunda autocrítica, que son los intelectuales los responsables de los grandes desastres morales a lo largo de la historia: son los intelectuales quienes han propuesto ideologías y sistemas éticos y políticos, los cuales al entrar en conflicto han llevado a las grandes divisiones y a las grandes guerras de la historia reciente de la humanidad. No es sólo la búsqueda del poder y la supremacía económica y política, sino que la búsqueda de la supremacía ideológica la que ha desencadenado las grandes tragedias de los últimos siglos.

La propuesta de Popper es extraordinariamente sencilla, y puede sintetizarse en dos postulados principales: primero, plantea que una sociedad abierta y tolerante debe tolerar la diversidad en todas sus expresiones, excepto la intolerancia. La intolerancia, según Popper no puede ni debe ser tolerada porque aceptarla implica la destrucción de la tolerancia misma como principio. El segundo postulado de Popper se acerca al ideal que actualmente conocemos con el nombre de pensamiento crítico: el segundo mandato es el de desarrollar la capacidad de evaluar de manera justa e imparcial nuestros propios principios morales, nuestros deseos y nuestras creencias, y ser capaces de defenderlos

mediante el uso de la razón. Tal como lo plantea Ortega y Gasset, la violencia es la ultima ratio, el último recurso de la razón para imponerse por sobre la barbarie. Es el abandono de la racionalidad como criterio el que lleva a la intolerancia.

Paul y Elder (2003, pp. 15-18), en su intento de sistematizar el concepto de Pensamiento Crítico, proponen una lista de ocho virtudes intelectuales fundamentales, virtudes que junto a la fortaleza de carácter, la valentía y la templanza, deberían estar en el centro de la formación valórica de los futuros oficiales de nuestra escuela:

- **Humildad intelectual:** Estar consciente de los límites de su conocimiento, incluyendo especial susceptibilidad ante circunstancias en las cuales el egocentrismo propio puede resultar engañoso; sensibilidad hacia el prejuicio, las tendencias y las limitaciones de su punto de vista. La humildad intelectual radica en reconocer que uno no debe pretender que sabe más de lo que realmente sabe. No significa sumisión ni debilidad. Es la carencia de pretensiones, jactancia o engreimiento y el reconocimiento de los fundamentos lógicos o de la falta de ellos en las creencias propias.

- **Entereza intelectual:** Estar consciente de la necesidad de enfrentar y atender con justicia, ideas, creencias o visiones hacia las que no nos sentimos atraídos y a las que no hemos prestado atención. Este valor intelectual reconoce que hay ideas que aunque las consideramos peligrosas o absurdas pueden estar justificadas racionalmente (en todo



o en parte) y que hay conclusiones y creencias que nos han sido inculcadas que pueden ser falsas o equivocadas. Para poder determinar cuáles lo son, no podemos aceptar pasivamente lo que hemos aprendido. Aquí entra en juego la valentía intelectual ya que, sin lugar a dudas, nos daremos cuenta que hay ideas que creímos peligrosas y absurdas que son ciertas y que hay falsedad o distorsión en algunas ideas muy afianzadas en nuestro grupo social. Necesitamos la entereza para ser verticales ante estas situaciones. Hay que reconocer que puede haber serias consecuencias para aquel que no se conforma

- **Empatía intelectual:** Estar consciente que uno necesita ponerse en el lugar del otro para entenderlo. Esta característica se relaciona con la habilidad de construir con precisión los puntos de vista y el razonamiento de los demás y el poder razonar a partir de premisas, supuestos e ideas que no son los nuestros. También se relaciona con el deseo consciente de recordar las veces en las que estuvimos errados aún cuando creíamos estar en lo correcto y con la capacidad de imaginarnos el volver a estar equivocados.

- **Autonomía intelectual:** Dominar de forma racional los valores y las creencias que uno tiene y las inferencias que uno hace. Dentro del concepto del pensamiento crítico, lo ideal es que uno aprenda a pensar por sí mismo, a dominar su proceso mental de razonamiento. Implica un compromiso de

analizar y evaluar las creencias tomando como punto de partida la razón y la evidencia; significa cuestionar cuando la razón dice que hay que cuestionar, creer cuando la razón dice que hay que creer y conformarse cuando así lo dicte la razón.

- **Integridad intelectual:** Reconocer la necesidad de ser honesto en su pensar; ser consistente en los estándares intelectuales que aplica; someterse al mismo rigor de evidencia y prueba que exige de los demás; practicar lo que se predica con otros y admitir con humildad las inconsistencias de pensamiento y acción en las que uno incurre.

- **Perseverancia intelectual:** Estar consciente que es necesario usar la perspicacia intelectual y la verdad aún cuando se enfrente a dificultades, obstáculos y frustraciones. Adhesión a los principios racionales a pesar de la oposición irracional de otros y una necesidad de enfrentarse por más tiempo con la confusión y con los asuntos irresolutos para lograr un entendimiento o una comprensión más profunda.

- **Confianza en la razón:** Confiar que los intereses propios y de la humanidad estarán mejor atendidos si damos rienda suelta a la razón; si fomentamos que la gente llegue a sus conclusiones al desarrollar sus facultades para razonar. Tener fe que la gente puede aprender a pensar por sí mismos, a construir visiones racionales, a llegar a conclusiones razonables, a pensar de forma



coherente y lógica, a persuadirse por medio de argumentos lógicos y a ser seres razonables si se les anima y provoca a ello y a pesar de la sociedad y de los obstáculos inherentes al carácter y a la condición humana.

- **Imparcialidad:** Estar consciente de que hay que tratar todos los puntos de vista de la misma forma a pesar de los sentimientos o intereses personales que uno, sus amigos, su comunidad o su nación tengan. Implica adhesión a los estándares intelectuales sin importar las ventajas que uno mismo o su grupo pueda obtener.

Una de las tesis de este trabajo es que la formación ética no puede prescindir de lo que la ciencia ha descubierto sobre la naturaleza humana en las últimas décadas. El Manifiesto de Sevilla (Unesco 1989) es fruto de un intento de comprender la moralidad humana y su manifestación en los conflictos entre sociedades y pueblos, y es extraordinariamente claro respecto a la relación existente entre el fenómeno de la guerra, la violencia y las justificaciones o racionalizaciones que usualmente se dan para la existencia de ellas. Este manifiesto concluye que:

“Científicamente es incorrecto decir que hemos heredado de nuestros antepasados los animales una propensión a hacer la guerra. Aunque el combate sea un fenómeno muy expandido en las especies animales, en las especies vivas sólo se conocen algunos casos de luchas destructoras intra-especies entre grupos organizados. Y en ningún caso implican el recurso a utensilios usados como ar-

mas. El comportamiento predador que se ejerce con respecto a otras especies, comportamiento normal, no puede ser considerado como equivalente a la violencia intra-especies. La guerra es un fenómeno específicamente humano que no se encuentra en los demás animales.

Es científicamente incorrecto decir que la guerra o cualquier otra forma de comportamiento violento está genéticamente programada en la naturaleza humana. Aunque los genes están implicados a todos los niveles del funcionamiento del sistema nervioso, son la base de un potencial de desarrollo que sólo se realiza en el marco del entorno social y ecológico. Aunque indiscutiblemente varía la predisposición de los individuos a sufrir la huella de su experiencia, no obstante, sus personalidades son determinadas por la interacción entre su dotación genética y las condiciones de su educación. Con excepción de algunos raros estados patológicos, los genes no producen individuos necesariamente predispuestos a la violencia. Pero el caso contrario también es cierto. Aunque los genes estén implicados en nuestro comportamiento, ellos solos no pueden determinarlo totalmente.

Proclamamos que la biología no condena a la humanidad a la guerra, al contrario, que la humanidad puede liberarse de una visión pesimista traída por la biología y, una vez recuperada su confianza, emprender, en este Año Internacional de la Paz y en los años venideros, las transformaciones nec-



esarias de nuestras sociedades. Aunque esta aplicación depende principalmente de la responsabilidad colectiva, debe basarse también en la conciencia de individuos, cuyo optimismo o pesimismo son factores esenciales. Así como “las guerras empiezan en el alma de los hombres”, la paz también encuentra su origen en nuestra alma. La misma especie que ha inventado la guerra también es capaz de inventar la paz. La responsabilidad incumbe a cada uno de nosotros.” (Unesco, 1989)

Tal como lo consigna la Ordenanza General del Ejército, el oficial no sólo debe prepararse para la defensa y la guerra, sino que debe a su vez ser un agente activo en la construcción de la paz y del desarrollo de la nación.

REFLEXIONES FINALES

La formación valórica ha sido uno de los pilares fundamentales de nuestra escuela desde el momento mismo de su fundación (Ortega Prado, 2008). Una de las sugerencias posibles de realizar a partir de este trabajo apunta a la necesidad de complementar esta formación con el mejor conocimiento disponible sobre la psicología, la sociología, la antropología, etc. Estas disciplinas apuntan hacia la idea que los valores y virtudes pueden ser entendidos como adaptaciones culturales que están en directa relación con las condiciones sociales y económicas de cada cultura, y en permanente reevaluación y evolución. Si bien parece existir un núcleo de valores y virtudes universales, es importante reconocer que la diversidad cultural misma es una adaptación, constante en la historia humana, y que el

análisis de nuestra historia debiera, idealmente, llevarnos a asumir el reto de pensar y elegir los valores que queremos en nuestra sociedad con humildad, tolerancia y respeto por los demás. La honestidad y la humildad intelectual nos obligan a reconocer la diversidad valórica y moral como un hecho empírico, y es indispensable tomar conciencia de esta diversidad para respetarla, evaluar críticamente y hacernos cargo de la justificación de nuestros valores, virtudes y creencias, y así respetarnos como seres humanos a nosotros mismos y a los demás.

A modo de propuesta, quizás la conclusión más importante es la necesidad de integrar las distintas disciplinas que la escuela militar imparte en el proceso de formación valórica de los cadetes. Si bien la asignatura de filosofía cumple un rol ejemplar a la hora de entregar conocimientos sobre las distintas teorías y doctrinas éticas que ha surgido a lo largo de la historia, y provee de un vocabulario técnico y teórico aplicable en los procesos de toma de decisiones, estos elementos son inútiles si es que no se integran armoniosamente y no son puestos en práctica en el resto de las disciplinas impartidas por nuestra institución en particular, y en la formación profesional en general.

Específicamente, la asignatura de Filosofía y Ética, la que en gran medida se centra en el conflicto entre las éticas consecuencialistas y la ética deontológica, debiese tener el estudio de la virtud como eje central, en un sentido amplio: no sólo ocuparse de la fundamentación filosófica de las virtudes cardinales, sino que además incorporar las dimensiones profesionales y normativas en una reflexión aplicada, centrada en el estudio de casos históricos y con un fuerte énfasis en el análisis comparado del rol de los ejércitos



del mundo en el pasado reciente y la actualidad (Walzer, 2008).

Desde esta nueva mirada, la formación valórica no sólo se restringe a la asignatura de Filosofía y a las asignaturas militares, tales como Bases Conceptuales de la Profesión Militar, sino que debe además estar presente en las todas las asignaturas humanísticas del currículum. Específicamente la asignatura de Pensamiento Crítico, más que concebirse como una asignatura instrumental cuyo objeto sea el optimizar los procesos de evaluación de información, resolución de problemas y toma de decisiones, debe concebirse como un complemento directo de la asignatura de filosofía, en la medida que esta asignatura permite realizar un análisis y revisión crítica de los supuestos básicos y las creencias desde las que el futuro oficial tomará decisiones, y los valores y virtudes forman parte de este conjunto de supuestos y creencias (Ramos, 2012). Sólo esta reflexión y revisión crítica garantiza que las virtudes y valores que nuestros alumnos deben desarrollar sean efectivamente puestas en

práctica. El concepto clave en este proceso es el de enculturación: los valores y virtudes, no sólo deben ser enseñados sino que deben ser puestos en práctica en todos los aspectos y ámbitos de la formación profesional del cadete. Tal como lo señala Ugalde en este mismo volumen, la única forma de lograr la constitución de una cultura de las virtudes, es a través de la puesta en práctica permanente y coherente de las mismas de manera transversal.

Esta integración interdisciplinaria es particularmente compleja por el carácter especializado de cada una de las asignaturas: este desafío requiere de una voluntad transversal de trabajar en equipo y de consensuar contenidos y metodologías de enseñanza. Pero quizás lo más importante, es no dar la conversación por cerrada: son momentos de cambio. El cambio puede ser bueno para algunos y malo para otros, pero independientemente de la valoración que hagamos, debemos reconocer que el cambio es inevitable.



BIBLIOGRAFÍA

- ARIELY, D. (2008) *Predictably Irrational*. Londres: Harper Collins.
- ARISTÓTELES (1995) *Ética a Nicómaco*. Madrid: Gredos.
- DAMASIO, A. (1994) *Descartes' Error*. New York: Grosset/Putnam.
- DEWEY, J. (1922) *Naturaleza Humana y Conducta*. México: F.C.E.
- EJÉRCITO DE CHILE, COMANDO EN JEFE (2006) *Reglamento Administrativo "Ordenanza General del Ejército de Chile"*. Disponible online en http://www.ejercito.cl/ordenanza/files/ordenanza_ejercito.pdf
- FISCHER, A. (2009) *La Mejor Idea Jamás Pensada*. Santiago: Ediciones B
- FLANAGAN, O. (1991) *Varieties of Moral Personality: Ethics and Psychological Realism*. Harvard: Harvard University Press.
- HUME, D. (1988) *Tratado de la naturaleza humana*. Traducción de Félix Duque. Madrid: Editorial Tecnos.
- JOHNSON, M. (1998) *Ethics*. Capítulo en Bechtel, W. & Graham, G. (eds.) (1998) *A Companion to Cognitive Science*. Massachusetts: Blackwell Publishing
- KAHNEMAN, D. (2011). *Thinking, Fast and Slow*. New York: Farrar Straus & Giroux
- KANT, I. (2007) *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*. Traducción de Manuel García Morente. Barcelona: Ediciones Folio.
- KOVECSES, Z (2002) *Metaphor: A Practical Introduction*. Oxford: Oxford University Press
- LAKOFF, G. & JOHNSON, M. (1999). *Philosophy in the flesh: The embodied mind and its challenge to Western thought*. New York: Basic Books.
- MÉNDEZ, V. (2006) *Filosofía y Política en la República* Cap. II "El Guardián dentro de la Calípolis. Utopía y Justicia". Pp. 21- 59
- MOORE, G. E. (1903) *Principia Ethica*. Cambridge University Press
- NATIONAL RESEARCH COUNCIL (2012) *Education for Life and Work: Developing Transferable Knowledge and Skills in the 21st Century*. Washington, DC: The National Academies Press
- ORTEGA PRADO, R. (2008) *Historia Militar De Las Virtudes Del Ejército Chileno*. Santiago: Instituto Geográfico Militar.
- PAUL, R. & ELDER, L (2003) *La Mini-Guía Para El Pensamiento Crítico, Conceptos Y Herramientas*. California: Foundation for Critical Thinking. Disponible online en <http://www.criticalthinking.org/resources/PDF/SP-ConceptsandTools.pdf>
- PETERSON, C. & SELIGMAN, M. (2006) *Character Strengths and Virtues: A Handbook and Classification*. New York: Oxford University Press.
- PLATÓN (1990) *Critón. Sobre el Deber*. Madrid: Gredos
- RAMOS, R. (2012) *Nuevas Estrategias de Enseñanza del Pensamiento Crítico: Logros y Desafíos Pendientes para la Escuela Militar*. Capítulo en Polloni, M. (ed.) (2012) *Cuaderno de Investigación N° 2 Programa Académico Escuela Militar*.
- SELIGMAN, M.E.P. & CSIKSZENTMIHALYI, M. (2000) *Positive Psychology: An Introduction*. *American Psychologist*, 55 (1), 5-14.
- VERNANT, J. P. (1993). *Mito y Pensamiento en la Grecia Antigua*. Barcelona: Ariel.
- UNESCO (1989) *Manifiesto de Sevilla*. Disponible online en <http://www.unesco.org/cpp/sp/declaraciones/sevilla.htm>
- WALZER, M. (2008) *Terrorismo y Guerra Justa*. Buenos Aires: Katz

